

**ENSAYOS Y REVISIONES**  
*rev.salud.hist.sanid.on-line*

## **PROFESOR ELIÉCER SILVA CELIS (1914-2007): UN SUGAMUXI DEDICADO A LA CAUSA MUISCA**

### **PROFESSOR ELIECER SILVA CELIS (1914-2007): A SUGAMUXI DEDICATED TO THE MUISCA CAUSE**

José Vicente Rodríguez Cuenca\*

**Rodríguez J. Profesor Eliecer Silva Celis (1914-2007): Un Sugamuxi dedicado a la causa Muisca. Rev Salud Hist y sanidad. Año. Vol 2 (3): 18-32.**

\* Historiador y M.A. en Arqueología de la Universidad de Voronezh, Rusia, Ph.D. en Antropología Física del Instituto de Antropología y Etnografía de la Academia de Ciencias de Rusia. Profesor Titular Dpto. de Antropología, Universidad Nacional de Colombia. Director del Grupo de Investigación en Antropología Biológica. [jvrodriquezc@unal.edu.co](mailto:jvrodriquezc@unal.edu.co)

RECIBIDO: 15/10/2007

ACEPTADO: 15/11/2007

#### **RESUMEN**

La exposición “Pedagogía y Antropología: Eliécer Silva Celis, 1914-2007” realizada en el Museo de Historia de la Medicina y la Salud por el Grupo de Historia de la Salud en Boyacá, el Museo Arqueológico de Sogamoso Eliécer Silva Celis de la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia UPTC y el Grupo de Investigación en Antropología Biológica y Laboratorio de Antropología Física de la Universidad Nacional de Colombia, rinde un homenaje al profesor Eliécer Silva Celis, uno de los pioneros de la antropología colombiana, que imaginó e hizo posible la Universidad en Boyacá. Participó en la creación de la Universidad Pedagógica de Colombia en 1953 y su transformación en la actual Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, siendo su rector en dos ocasiones. Parte de ésta exposición y de éste reconocimiento a éste ilustre boyacense es la publicación de éste obituario.

#### **ABSTRACT**

The exposition “Pedagogy and Anthropology: Eliecer Silva Celis, 1914-2007” located in the Museum of Medicine and Health History by the Group of Health History in Boyaca, the Eliecer Silva Celis Archeological Museum of Sogamoso City of the Pedagogical and Technological University of Colombia UPTC, pays homage to the professor Eliecer Silva Celis, pioneer in Colombian Anthropology, which imagined and made University possible in Boyaca. He orchestrated the creation of the Pedagogical University of Colombia in 1953, and its transformation into the current Pedagogical and Technological University of Colombia, being its rector on two occasions. This obituary’s publication is part of the exposition’s acknowledgement to such a distinguished Boyaca native.

## La desaparición de un Sugamuxi

El profesor Eliécer Silva Celis constituye una de las plumas más prolíficas de la arqueología colombiana, con cerca de 400 títulos publicados en revistas nacionales e internacionales, con una visión holística e integral de las problemáticas, abordadas a la luz de diferentes fuentes (arqueología, bioantropología, etnohistoria, etnografía), interpretadas en el contexto de la cosmovisión indígena, apoyado en una amplia bibliografía nacional e internacional lo que daba muestra de su carácter moderno y globalizador. Mantuvo permanente contacto con las sociedades de americanistas de Europa y América mediante revistas y asistencia a eventos internacionales, lo que le permitía estar actualizado sobre el discurrir de las tendencias científicas. En 1948 fue nombrado por unanimidad Secretario General del XXVIII Congreso Internacional de Americanistas celebrado en París, Francia, y en 1964 obtuvo la Mención de Honor por su trabajo en el VII Congreso Mundial de Antropología y Etnología, realizado en Moscú, Rusia. Fundador en 1942 del Museo Arqueológico de Sogamoso y cofundador de la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia (UPTC), Tunja, Boyacá, en 1953. La investigación conducente a la ubicación, excavación de las ruinas y la reconstrucción del Templo del Sol en Sogamoso, además del observatorio astronómico de El Infiernito, Villa de Leiva, obras de la sociedad Muisca, constituyen

importantes legados para la humanidad. Su deceso a los 93 años ha consternado a la comunidad boyacense y nacional en general, pero su imagen como educador, investigador, rector de la UPTC, esposo, padre y faro iluminador de semilleros de investigación permanecerá en la memoria de todos sus allegados.

## El Templo del Sol en el siglo XVI

La sociedad Muisca en el siglo XVI estaba constituida por un conjunto de unidades políticas centralizadas en Bogotá, Tunja, Duitama, Sogamoso y otras independientes, siendo el Sugamuxi el supremo jefe religioso quien se comunicaba en una lengua especial con los otros sacerdotes, oficiaba las diferentes ceremonias revitalizadoras de la sociedad, y los rituales de enterramiento de los grandes caciques. Juan de Castellanos (/1601/1997: 1157) narraba la esmerada dedicación de los xequés (ogques) a sus oficios religiosos, quienes se preparaban desde muy niños a esos menesteres, vivían en moradas especiales con gran recogimiento y abstinencia, comiendo poco pero mascando con frecuencia coca, sin casarse, respetados y muy consultados por toda la comunidad sobre sus problemas y alteraciones de la salud del cuerpo y alma.

Para los muisca el sol era la criatura más lúcida, adorada por ser el dador de los recursos, benefactor omnipotente, y la luna era su mujer y compañera. Consideraban que al morir una persona su cuerpo se descomponía pero su alma bajaba al

centro de la tierra, donde cada uno tenía sus menesteres según los había poseído en la tierra, con casas y labranzas, donde tenían vida descansada, pues pensaban que el mundo era permanente. También veneraban las montañas, lagunas, fuentes de agua y ríos, cuevas y plantas. Su gran predicador fue Neuterequetewa, Bochica o Xue, quien les enseñó las leyes, las artes e industria, falleciendo después de un largo peregrinaje en Sogamoso, dejando por heredero al Sugamuxi, supremo sacerdote (Aguado, 1956; Simón, 1981; Castellanos, 1997).

Entre los templos destinados a la vida religiosa de los muisca había uno de "extraña grandeza y ornato, que decían los indios ser dedicado al dios Remichinchagagua, a quien veneraban mucho con sus ciegas supersticiones e idolatrías" (Aguado, 1956, I: 294). En la sierra nevada del Cocuy, provincia de los Laches existió otro templo del Sol en un valle pasada la cordillera. En cierta culata alta del templo tenían puestos unos platos o patenas de oro que resplandecían cuando les daba el sol, viéndose desde muy lejos. En su interior tenían adornos orfebres, caracoles marinos y cuentas en piedra, al igual que ricos enterramientos de personajes principales (Aguado, I: 338).

La majestuosidad de los templos muisca era tal, que en el pueblo de Iguaque, donde según la leyenda vivieron las figuras míticas de *Bachue*, llamada también *Furachogua* por sus buenas obras, con el muchacho que sacó de las mismas aguas, en una casa de adoración se

dice que había una estatua maciza de oro fino que representaba a un niño de aproximadamente tres años de edad, muchas mantas de algodón fino, muchos pedazos de barras, tejos y cintillos en oro fino con figuras humanas y de animales. Al ver que un cura español con otros indígenas de servicio se iban a robar el tesoro, los lugareños lo evacuaron hacia la laguna donde lo escondieron a buen recaudo. Los intentos por encontrarlo desaguando la laguna fueron infructuosos para los españoles (Simón, 1981, III: 368-371).

Cuando llegaron los españoles a Sogamoso se dieron al pillaje del oro contenido en el pueblo y sus templos. A finales de agosto o principios de septiembre de 1537 al llegar a Sogamoso, se maravillaron con un templo construido sobre recios maderos de guayacán provenientes de los llanos Orientales, el piso y las paredes recubiertos en espartillo, con techo trenzado en paja, cuyas entradas eran muy pequeñas y orientados sobre los cuatro puntos cardinales, repitiendo la visión cósmica del mundo muisca. En su interior encontraron momias dispuestas sobre andamios, con adornos en oro y otros objetos, que fueron producto del pillaje peninsular. Al dejar las antorchas sobre el piso en tejido de esparto, con el fin de liberar las manos para saquear mayor cantidad de tesoros, los dos soldados que penetraron a hurtadillas aprovechando la oscuridad de la noche y del mismo recinto, provocaron el fuego que reduciría a cenizas una de las construcciones

más veneradas por los muiscas, custodiado por el ogque (xeque), supremo sacerdote de Sugamuxi. Se dice que su incendio continuó durante más de un año por la presencia de gruesos maderos y la cantidad de paja y espartillo que contenía.

### La gestación de otro Sugamuxi

Casi 470 años después fallecería un venerable personaje, arqueólogo, docente e investigador de la cultura Muisca, don Eliécer Silva Celis, quien dedicaría desde 1942 hasta su deceso, todas sus energías y tiempo a la reconstrucción del Templo del Sol, a la construcción del Museo Arqueológico de Sogamoso, a la recuperación de la información arqueo-astronómica en Villa de Leiva, a la formación de la primera universidad boyacense, la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia (UPTC), a la divulgación de la cultura Muisca de cara a la formación de una identidad cultural que respetara y valorara el ancestro indígena, y a la consolidación de la espiritualidad de los colombianos. Su obra fructificó, hasta el punto que fue velado en este sagrado lugar donde quería que reposaran sus restos, y en su sepelio fue despedido por niños del Colegio Sugamuxi que le conocían y escuchaban con atención sus relatos sobre Bochica, Bachue y otras leyendas, acompañado con sonidos de caracoles y fatutos, al estilo de los personajes indígenas, como un verdadero Sugamuxi.

El profesor Silva Celis es ejemplo de una vida y obra incansables al

servicio del país, dedicado a rasguñar la tierra con los pocos recursos que para la arqueología se destina, a tocar puertas en París, México, Moscú, Tegucigalpa y otras capitales del mundo para dar a conocer las investigaciones arqueológicas del territorio Chibcha, y ante el senado para defender a su *alma mater* la UPTC, ante las penurias de su presupuesto, cuando en 1953 se quedaba sin recursos. Igualmente defendió a capa y espada la ubicación del Museo Arqueológico en Sogamoso como patrimonio de los sogamoseños y de la humanidad, ante la eventualidad de su reubicación en Bogotá.

Su camino por la vida no fue nada fácil. Nació el 20 de enero de 1914 en el caserío de Tobasía, municipio de Floresta, Boyacá, quedando huérfano a temprana edad, situación que le obligó a trabajar en el rebusque, vendiendo baratijas por los pueblos de Boyacá, transitando por polvorientos caminos durante semanas hasta moler sus sudorosos pies. Se alista inclusive en la construcción del ferrocarril de Antioquia, enfrentando las cálidas y malsanas tierras del valle del Magdalena. Con sus ahorros solo aspira estudiar para salir adelante, y, gracias a su temple y disciplina, y a lo que devengaba como docente en la cárcel de Santa Rosa de Viterbo, y posteriormente en el panóptico de Tunja, logra finalizar exitosamente sus estudios de secundaria en 1937.

Ese mismo año ingresa a la Escuela Normal Superior de Colombia en Bogotá, donde conoce a ilustres

librepensadores que huían de la agitada Europa nazi, como Paul Rivet, Justus W. Schottellius, José Francisco Socarrás, Rudolf Hommes, Gregorio Hernández de Alba, José de Recasens y otros, sus inolvidables maestros en los campos de la etnología, arqueología, antropología física, historia, filosofía, lingüística y otros conocimientos que formaron al futuro investigador. Con el sabio americanista francés Paul Rivet, fundador del Instituto Etnológico Nacional, hoy día Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH) sostuvo una estrecha amistad, misma que se fortaleció con el viaje de estudios del profesor Silva a Francia, donde participó en excavaciones de yacimientos del Paleolítico Medio, junto a connotados investigadores, entre 1946 y 1947.

De esta promoción (1941) egresarían varios ilustres personajes que darían pie a las escuelas de antropología e historia colombianas, como Graciliano Arcila Vélez, fundador del Museo Antropológico de la Universidad de Antioquia y del *Boletín de Antropología*; Luis Duque Gómez, fundador de la Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales del Banco de la República, del *Boletín del Museo del Oro* y del *Boletín de Arqueología*, siendo también rector de la Universidad Nacional de Colombia; Blanca Ochoa de Molina, gestora de la línea de Arqueología de la Carrera de Antropología en la Universidad Nacional; Jaime Jaramillo Uribe, fundador del Departamento de Historia y de la

revista *Anuario de Historia* de la Universidad Nacional, entre otros.

### **En búsqueda de las huellas del Templo del Sol**

Desde 1942, con su ingreso al Servicio Arqueológico Nacional, acompaña a Gregorio Hernández de Alba en las excavaciones alrededor del Pozo de Donato en predios del Cercado Grande de los Santuarios de la UPTC, Tunja; adelanta exploraciones arqueológicas en Tierradentro (Silva, 1944a), La Belleza, Santander (Silva, 1944b), el Cocuy, región del grupo Lache (Silva, 1945<sup>a</sup>, 1946), e inicia la búsqueda de los vestigios del Templo del Sol en la vereda Monquirá, Sogamoso, cerca del pozo de Conchucua (Silva, 1945b,c, 1947, 1968, 2005).

Ávido lector de las crónicas de Indias y ferviente creyente en el espíritu religioso de los muisca, el profesor Silva dedicó su vida a la ubicación de los vestigios del Templo del Sol para recuperar su memoria para la posteridad. En esa época la principal fuente de documentación para el inicio de las investigaciones arqueológicas eran los cronistas, por lo que con base en la acuciosa lectura de Aguado, Castellanos, Oviedo, Piedrahita, Simón, Zamora y otros, además de la poca información etnográfica recabada por algunos curiosos del siglo XIX, en los años 40 del siglo XX, se trataba de reconstruir la geografía de los relatos, la forma y tamaño de los bohíos y recintos rituales, los objetos depositados como ofrenda, las acciones allí realizadas y los vestigios que se

podían hallar mediante excavaciones arqueológicas.

Revisa con detalle el informe presentado en marzo de 1924 por una comisión integrada por Gerardo Arrubla y el general Cuervo Márquez, enviados por el Ministerio de Instrucción Pública para revisar los hallazgos del señor Izquierdo en su propiedad de Sogamoso, donde informaba su propietario que se hallaban huellas de columnas de madera, piezas de oro y otros objetos. Durante tres días de excavaciones sacan a la luz huellas de 80 cm. de diámetro de madera procedente de los llanos de Casanare, y reportes, según ellos fidedignos sobre la presencia de huesos humanos cerca de estos postes. El señor Peñuela agregaba, además, que la supuesta forma del techo era como las pagodas nepalesas y japonesas (Montaña, 2005).

El profesor Silva aborda con visión crítica el informe, planteando al Centro Histórico de Sogamoso, que lo que describen los autores no son las huellas del templo, sino parte del cercado, pues la planta no es circular sino rectangular. El techado o cubierta no se podía deducir con los datos encontrados, además que no correspondía con los relatos sobre la arquitectura muisca. Acota también que la presencia de huesos humanos bajo los troncos no constituye prueba de la presencia del templo, pues según la tradición muisca los sacrificios se realizaban igualmente durante las construcciones de los cercados y bohíos. Según los datos recabados

en el informe del Ministerio, el investigador Silva, apoyándose en los datos de los cronistas, concluía que los materiales recolectados había que analizarlos en laboratorio para una mayor precisión, que la información recabada en predios del señor Izquierdo no eran compatibles con una quema como la descrita por los cronistas para el templo, y que más bien en terrenos aledaños se apreciaban huellas de un gran incendio, como cenizas y carbones en gran cantidad.

### **Sobre la antigüedad de la sociedad Muisca**

En los años 50-60 del siglo XX se consideraba que la sociedad Muisca se había desarrollado tardíamente entre 1000-1500 d. C. (Angulo, 1963), y que se había originado a partir de las migraciones masivas que se habían sucedido en una etapa anterior a la llegada de los españoles (Reichel-Dolmatoff, 1956). No obstante, el profesor Silva fue un asiduo defensor de la gran antigüedad de la sociedad chibcha de los Andes Orientales, apoyándose por un lado en el mito sobre Bochica, que pese a estar incompleto, representaba a su parecer un núcleo histórico que conservaba recuerdos de sucesos acaecidos en un pasado remoto (de cerca de dos milenios de antigüedad), y, por otro lado, concebía que el profundo conocimiento que sobre su medioambiente y sus recursos (explotación minera de esmeraldas, sal y carbón mineral entre otros), y el nivel de desarrollo socio-político que habían alcanzado los muisca,

no se obtenía en un período muy breve.

Según los cálculos de los cronistas, la obra civilizadora de Bochica que consistió en la enseñanza del arte de los tejidos y alfarería, además de otras prácticas se presentaron 20 edades atrás cuando ellos llegaron, cada edad con 70 años, es decir 1.400 años atrás (hacia el siglo II d.C.) según fray Pedro Simón (1981, III: 374) o el I d.C. de acuerdo a lo narrado por Vargas Machuca.

Posteriormente, apoyado en una fecha de  $310 \pm 50$  d.C. obtenida de maíz carbonizado de un depósito profundo de cercanías del Templo del Sol, corroboraba sus afirmaciones, por lo que ubicaba sus albores entre el 500 a.C. y el 500 d.C., es decir en el período Herrera (Silva, 1968: 196).

Concluía sobre esta problemática, que “el ascenso de los Chibchas o Muiscas desde el umbral de los sencillos cazadores-recolectores, que los precedieron en la altiplanicie colombiana, hasta el elevado nivel en que los encontraron los españoles, constituye uno de los más fascinantes capítulos de la historia de América precolombina” (Silva, 1968: 210).

Durante varios lustros persistió la idea sobre el origen tardío de los chibchas a partir de migraciones provenientes de tierras bajas (Reichel-Dolmatoff, 1956; Langebaek, 1987; Pérez, 1995); sin embargo los estudios bioantropológicos han desvirtuado esas tesis y apoyado la idea de Silva

Celis sobre un origen endógeno a partir de cazadores recolectores y plantadores que conocieron las propiedades de los recursos vegetales del altiplano y se asentaron permanentemente en esta región mediante un proceso microevolutivo (Rodríguez, 1999, 2001). La datación de un enterramiento de alrededores del Templo del Sol en  $190 \pm 40$  d.C. (Rodríguez, 2001: 260) estaría señalando que el uso ritual de este espacio se remonta al período Herrera y tuvo continuidad durante el período Muisca hasta la llegada de los españoles, tal como se manifiesta en el hecho de que se halla cerámica tanto de uno y otro período, practicado por una misma población en diferentes épocas, sugiriendo, además, que ambas eran lingüísticamente chibchas. Excavaciones arqueológicas realizadas en Madrid, Cundinamarca (Rodríguez, Cifuentes, 2005) confirman esta hipótesis.

### **Pionero de la Antropología Simbólica en Colombia**

Quizás bajo la influencia religiosa de su tío sacerdote, un gran orador para su época, y apoyado en la lectura de autores de historia de las religiones (Durkheim, Eliade, Frazer, Levy-Bruhl, Metraux, entre otros), Silva Celis se interesó en la interpretación simbólica de la iconografía cerámica, textil, arte rupestre, arte epilítico y de contextos funerarios.

Así, por ejemplo, opinaba que los vasos-retratos, las figuras antropomorfas en oro y arcilla, las

máscaras y las imágenes esculpidas en tumbas prehispánicas había que interpretarlas a la luz del concepto de la sustitución de la persona humana con todas sus cualidades y atributos, asociada a una ideología común “relacionada principalmente con la conservación del individuo (muerto), provisto de sus rasgos físicos y ornamentales característicos, con vista al cumplimiento de fines sociales y mágicos, no importa que su forma corporal haya desaparecido bajo la tierra” (Silva, 1968: 180).

Los monolitos tallados de cuerpo alargado y magnitud variable hallados en Tunja (Templo de Goranchacha), Villa de Leiva (Infiernito), Sutamarchán, Ramiriquí, Paz del Río y otros lugares, los consideró representaciones fálicas de culto a la fertilidad, cuyo órgano masculino viril simbolizaría “la sacralidad de la sexualidad humana y la preocupación por la fecundidad de la tierra...” (Silva, 1987: 171).

Preocupado por la necesidad de interpretar y preservar el arte rupestre nativo, dado que por un lado para los indígenas actuales estos contienen un gran significado cosmogónico y sagrado, y, por otro, su destrucción por la acción vandálica de gente sin escrúpulos está eliminando una importante fuente de información sobre el pasado prehispánico, el profesor Silva se propuso un estudio comparativo, apoyándose en fuentes de diversa índole, como la etnografía, la arqueología, la religión y la cosmogonía, del arte

rupestre de diversas partes de Colombia. Al respecto concluía que la concepción sobre el mundo era representado en los objetos de uso cotidiano y sagrado (Silva, 1968: 142):

“El profundo arraigo de principios y convicciones relativos al control y dominio de las cosas y fenómenos celestes, y de creencias tocantes a la vida pasada y presente de la comunidad, explica el que ideogramas como la espiral, el círculo, la sigma, los emblemas yugales, geomorfos, ornitomorfos, zoomorfos, antropomorfos, etc., solos o asociados unos a otros, formando a veces complejas unidades o conjuntos, hayan alcanzado en las altas culturas de Mesoamérica, Colombia y los Andes Centrales, el más elevado y profundo simbolismo”.

Dentro de los alumnos que descuellan por seguir los pasos de la Antropología simbólica en las aulas de la UPTC, tenemos al profesor de la Universidad del Tolima Cesar A. Velandia J. (1994), premio nacional “Alejandro Ángel Escobar” en Ciencias Sociales por su trabajo sobre la iconografía de la estatuaria de San Agustín.

### **Pionero de la arqueo-astronomía en Colombia**

Las investigaciones arqueológicas adelantadas en el sitio del Infiernito, Villa de Leiva, Boyacá, con el apoyo de la Universidad Tecnológica de Colombia y Colciencias, condujo al descubrimiento de dos centros con funciones astronómicas y rituales, conformado el primero por hileras de 56 columnas líticas alineadas

este-oeste, separadas cada 38 cm.; el segundo estaba integrado por gruesos monolitos tallados igualmente orientados este-oeste, separados cada 650 cm. Al pie de cada columna se hallaron ofrendas de cuentas de collar en concha marina, lascas y fragmentos líticos. Según el autor, las sombras proyectadas por las columnas servían de orientación para el seguimiento del sol en el horizonte durante los solsticios y equinoccios, a manera de un computador de acontecimientos cósmicos, similar a lo hallado en Stonehenge, Gran Bretaña, construcción megalítica del Neolítico europeo (Silva, 1981, 1986).

De tres fogones al parecer realizados antiguamente con objetivos rituales (restos de animales, ocre, maíz) hallados frente a las columnas, se fecharon restos de carbón vegetal que fueron datados mediante radiocarbono, arrojando sendas fechas de  $230 \pm 140$ ,  $540 \pm 195$  y  $930 \pm 95$  a.C., correspondientes al período Herrera. Estas dataciones condujeron al autor a pensar que el desarrollo cultural Muisca debió haber sido antecedido por un tiempo prudencial, por lo que “no es imposible, entonces, que los pasos iniciales y fundamentales con los que se inicia la civilización chibcha se sitúen a mediados del segundo milenio antes de la era cristiana” (Silva, 1981: 14), y que la construcción de las monumentales obras talladas en piedra del Infiernito representan un esfuerzo extraordinario de los muiscas por adentrarse en los dominios estelares, con el fin de intervenir y controlar

los factores climáticos que incidían en la productividad de las cosechas, en un medio ambiente de escasa pluviosidad como el de Villa de Leiva.

A pesar de que los contextos fechados no contenían cerámica que permitiese asociarla al período Herrera y establecer los estilos característicos de su época, no obstante, podría estar señalando que las construcciones megalíticas sí corresponden a este período, al igual que el de Goranchacha en Tunja, Sutamarchán, Ramiriquí, Tibaná, Paz del Río y otros lugares.

Como plantearía G. Reichel-Dolmatoff (1986: 238) si aceptamos estas fechas “la edad de la construcción se remonta a la de la cerámica de tipo Formativo, lo que desde luego no es sorprendente si tenemos en cuenta la gran antigüedad de construcciones astronómicas en América”.

En recientes revisiones de la cronología de la sabana de Bogotá, las fechas confiables del período Herrera se insertan entre el 300 a.C. y el 200 d.C. (Boada, 2006: 56), entretanto, las fechas obtenidas por el profesor Silva Celis lo ubican en un lapso de tiempo más amplio, entre el I milenio a.C. y el siglo IV d.C., y el hecho de que alrededor del Templo del Sol en Monquirá, Sogamoso, se hallen entierros tanto con cerámica del período Herrera como Muisca, plantearía que efectivamente el desarrollo cultural de esta región no posee signos ni de ruptura temporal ni de migraciones masivas tardías de pueblos foráneos

como se había insistido anteriormente (ver Lleras, 1995).

### **Pionero de la Arqueología Funeraria y Bioarqueología en Colombia**

Mientras que la mayoría de sus colegas que se dedicaron a la arqueología hicieron énfasis en las obras monumentales de San Agustín, Tierradentro y Sierra Nevada de Santa Marta, Silva Celis se dedicó a las excavaciones de contextos funerarios, en Soacha, Alto río Minero, Tunja, Chiscas y Sogamoso. Además de su preocupación por el mundo funerario, hizo énfasis en la descripción bioantropológica, para lo cual se empeñó en obtener el equipo osteométrico que era bastante costoso en su tiempo y había que importarlo de Alemania. Dentro de sus anécdotas cuenta que en alguna oportunidad logró conseguir recursos nacionales para su importación, pero los docentes departamentales se encontraban sin su respectivo pago, por lo que hubo necesidad de reorientar los dineros para subsanar el problema.

De cada tumba obtenía información sobre su forma, tamaño, construcciones internas, distribución y características del ajuar funerario, tipo de entierro, orientación, posición y ubicación de los restos, tratamiento del cuerpo, identificación biológica de los individuos enterrados (sexo, edad, patologías, características craneométricas). Complementaba su interpretación con el apoyo de referencias etnográficas sobre la simbología acerca de la muerte de

grupos indígenas contemporáneos, y en datos de los cronistas sobre sacrificios y prácticas rituales.

De 75 tumbas excavadas sobre la margen derecha de la quebrada Ombachita, vereda Monquirá, Sogamoso, el 36% eran de forma de pozo circular, 29,4% de forma oval y el resto de corte cilíndrico. En las otras necrópolis casi el 50% tenían forma de pozo oval; los cuerpos yacían en posición sedente con los miembros flexionados contra el pecho en la primera forma y en la segunda en posición lateral flexionada, ya sobre el lado izquierdo o derecho. Algunas tumbas tenían una laja sobre la tumba (Buitrago, Rodríguez, 2001).

Llama la atención su concienzuda descripción bioantropológica de cada esqueleto, haciendo énfasis en la caracterización craneométrica, pues este procedimiento le permitía, por un lado, abordar la problemática del tipo de deformación cefálica, y, por otro, las posibles relaciones biológicas con otros grupos étnicos (Silva, 1947). Su interés por la paleopatología lo llevó a incursionar en el campo de las enfermedades antiguas que padecieron los indígenas, de ahí que en el museo se halle una colección con lesiones óseas, única en Colombia. Entre sus curiosidades se halla el único reporte en el país sobre un caso de incrustación dental de esmeralda, en los primeros premolares de un cráneo proveniente de Suesca (Silva, 1968: 207).

La práctica de la momificación constituyó uno de los aspectos estudiados sobre las sociedades prehispánicas, especialmente de la región del Cocuy que visitó en diciembre de 1943. Las momias recuperadas personalmente por Silva Celis con todo el esplendor del contexto cultural subyacente constituyen una fuente de información única sobre el pasado de esas poblaciones posiblemente de filiación Lache, entre otras sobre sus textiles, cerámica, orfebrería, objetos para la inhalación de yopo, y sobre las enfermedades del pasado (Silva, 1945, 1946).

### **El Sugamuxi amigo de los hijos del Sol**

En alguna oportunidad el municipio de Sogamoso debió decidir entre construir una escuela o un museo, habiéndose orientado por la segunda opción gracias a las recomendaciones del novato investigador, quien logró convencerlos de su necesidad como agente motor de identidad cultural, de desarrollo turístico y centro de investigación. Se podría decir que Eliécer Silva Celis dividió la historia del municipio de Sogamoso en dos: antes y después de la construcción del Museo Arqueológico. Así lo evidencian la amplia afluencia de turistas nacionales y extranjeros, las investigaciones arqueológicas que allí se desarrollan, el valioso centro de documentación, la invaluable colección material que allí reposa sobre la sociedad Muisca, además de las diferentes actividades culturales que se programan, desde festivales de música andina, gastronomía a base de maíz y

quinoa, observación astronómica, artesanías, desfiles de silleteros y otros, que han puesto a Sogamoso en el mapa del mundo.

El sogamoseño se siente orgulloso de sus ancestros muisca, del Templo del Sol, de Bochica y Bachue, de los grabados geométricos en la cerámica y textiles, de los farautes y música andina, del maíz, la chicha, los envueltos, el mute y la mazamorra. Todo esto gracias al último Sugamuxi quien empenó su aliento, sudor, salarios, noches en vela, viajes en buses por tortuosas carreteras destapadas, durmiendo en incómodas bancas, sacrificándole tiempo a su familia para hacer realidad lo que parecía un mito americano más. Su obra perdurará y se acrecentará en la medida que se tome conciencia de la importancia de su legado.

Su esposa, doña Lilia Montaña de Silva, pluma lírica de gran sensibilidad artística, virtuosa narradora de los mitos y leyendas chibchas, quien le acompaña en su viaje sideral, también cumplió un importante papel en la vida y obra de esta familia. Con rítmicos trazos poéticos narraba el mito sobre la formación de la laguna de Tota, la cual surgió después de una larga pesadilla de sequías, hambrunas, enfermedades y muerte de animales y humanos, cuando las manos indígenas se ocupaban más en enterrar a sus ancianos y jóvenes que en sembrar plantas, hasta que después de muchas plegarias en el Templo del Sol y de levantar un adoratorio en la cima de las rocas, el

dios padre Chiminigagua anunció que Bachué, la diosa madre y de las aguas, se había apiadaba del pueblo Muisca llenando la inmensa oquedad ocupada anteriormente por una enorme serpiente, con aguas diáfanas y límpidas que irrigaron los suelos para que prosperaran plantas, animales y humanos. De aquí que las ranas, anunciadoras del comienzo de las lluvias se hayan conformado en uno de los principales símbolos de la iconografía Muisca (Montaña, 1970, 1992).

Su hija, la antropóloga Margarita Silva Montaña, actual Directora del Museo Arqueológico de Sogamoso, hereda una gran responsabilidad de perpetuar la gesta de sus padres, pero, al mismo tiempo tiene el privilegio de contar con un espacio sagrado de investigación que permitirá dilucidar la polémica sobre los orígenes de los muiscas y sus antecesores, teniendo en su haber las colecciones de referencia compuesta por millares de fragmentos y vasijas en cerámica, objetos votivos procedentes de varias partes del país, volantes de huso en piedra, momias y más de dos centenares de esqueletos humanos. Además de la única institución académica, la UPTC, que administra museos y parques arqueológicos en Colombia, y que, desde sus inicios ha apoyado la investigación arqueológica.

Y como el epitafio que escribiera don Manuel del Socorro Rodríguez en 1793 para la tumba del supremo sacerdote de Sogamoso, bautizado en 1541 con el nombre de don Alonso, muy

estimado por religiosos y conquistadores, sepultado en esta ciudad por los mismos franciscanos, y que el mismo profesor Eliécer Silva Celis transcribiera de manera premonitoria (Silva, 2005: 176):

“Oh gran dolor!

Aquí yace el gran supremo Sugamuxi, compasivo y amante pastor de su rebaño; el mejor hombre de Cundinamarca; la corona y honra de su nación; el amigo de los hijos del Sol, y quien al fin adoró las luces del Sol eterno. Roguemos por su Alma”.

## BIBLIOGRAFÍA

1. AGUILAR, Jazmín. Los Libros del Maíz, Técnicas Tradicionales de Cultivo. México: Editorial Árbol, 1982.
2. AGUADO, Pedro de. *Recopilación Historial*, Biblioteca de la Presidencia de Colombia. Bogotá, 1956.
3. ANGULO V., Carlos. Cultural Development in Colombia. In: *Aboriginal Cultural Development in Latin America: An Interpretative Review*. B. Meggers, C. Evans eds. Washington, Smithsonian Institution, vol. 146, No. 1. 1963.
4. BOADA, Ana M. *Patrones de asentamiento regional y sistemas de agricultura intensiva en Cota y Suba, Sabana de Bogotá (Colombia)*. Bogotá: Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República, 2006.
5. BUITRAGO, Luz M. RODRÍGUEZ, Orlando. Estudio bioantropológico de la colección Eliécer Silva Celis, Museo Arqueológico de Sogamoso. En: *Los chibchas. Adaptación y diversidad en los Andes Orientales de Colombia*, J. V. Rodríguez ed. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Colciencias, 2001; pp. 217-249.

6. CASTELLANOS, Juan de. *Elegías de varones ilustres de Indias*. Bogotá: Gerardo Rivas M. editor, 1997.
7. LANGEBAEK, Carl H. *Mercados, poblamiento e integración étnica entre los Muiscas. Siglo XVI*. Bogotá: Banco de la República. Colección bibliográfica. 1987.
8. LLERAS, Roberto. Diferentes oleadas de poblamiento en la prehistoria tardía de los Andes Orientales. Bogotá: *Boletín del Museo del Oro*, Banco de la República, 1995; 38-39:3-11.
9. MONTAÑA, Lilia. *Mitos, leyendas, tradiciones y folclor del lago de Tota*. Tunja: Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, 1970.
10. MONTAÑA, Lilia. *La fiesta del Huan*. Tunja: Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, 1992.
11. MONTAÑA, Lilia. El Doctor Eliécer Silva Celis. Su vida y sus trascendentales aportes al desarrollo de la ciencia de la Antropología en Colombia. Tunja: *Repertorio Boyacense*, Órgano de la Academia Boyacense de Historia, 1994; 330: 9-92. Publicado también en *Estudios sobre la cultura Chibcha*, Tunja, Academia de Historia de Boyacá, 2005.
12. REICHEL-DOLMATOFF, Gerardo y Alicia. Momil. Excavaciones en el Sinú. Bogotá: *Revista Colombiano de Antropología*, 1956; 5:111-333.
13. REICHEL-DOLMATOFF, G. *Arqueología de Colombia. Un texto introductorio*. Bogotá: Funbotánica, 1986.
14. RODRÍGUEZ, José V. *Los chibchas: pobladores antiguos de los Andes Orientales. Adaptaciones bioculturales*. Bogotá: Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República, 1999.
15. RODRÍGUEZ José V. Craneometría de la población prehispánica de los Andes Orientales de Colombia: diversidad, adaptación y etnogénesis. Implicaciones para el poblamiento americano. En: *Los chibchas. Adaptación y diversidad en los Andes Orientales de Colombia*, J. V. Rodríguez ed. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Colciencias, 2001. pp. 250-310.
16. RODRÍGUEZ José V. CIFUENTES, Arturo. Un yacimiento formativo ritual en el entorno de la antigua laguna de La Herrera, Madrid, Cundinamarca. Bogotá: *Maguaré*, Dpto. Antropología Univ. Nal. Col, 2005; 19: 103-131.
17. SILVA C., Eliécer. Arqueología de Tierradentro. Bogotá: *Revista Instituto Etnológico Nacional*, 1944a; vol. I, entrega 1ª; vol. I entrega 2ª.
18. SILVA C., Eliécer. Relación preliminar de las investigaciones arqueológicas realizadas en la Belleza, Santander. Bogotá: *Boletín de Arqueología*, 1944b; vol. II, No. 1.
19. SILVA C., Eliécer. Contribución al conocimiento de la civilización de los Lache. Bogotá: *Boletín de Arqueología*, 1945a; 1(5): 370-424.
20. SILVA C., Eliécer. Sobre Antropología Chibcha. Bogotá: *Boletín Arqueológico*, 1945b; 1(6): 531-552.
21. SILVA C., Eliécer. Investigaciones Arqueológicas en Sogamoso. Bogotá: *Boletín de Arqueología*, 1945c; 1(1): 36-48; 1(2): 93-112; 1(4): 283-297; 1(6): 467-490.
22. SILVA C., Eliécer. Cráneos de Chiscas. Bogotá: *Boletín Arqueológico*, 1946; 2(2): 46-60.
23. SILVA C., Eliécer. Sobre Arqueología y Antropología Chibcha. Bogotá: *Revista Universidad Nacional*, 1947. 8:233-253.
24. SILVA C., Eliécer. *Arqueología y Prehistoria de Colombia*. Tunja: Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, 1968.
25. SILVA C., Eliécer. Investigaciones arqueológicas en Villa de Leiva. Bogotá: *Boletín Museo del Oro*, 1981; año 4, enero-abril: 1-18.

26. SILVA C., Eliécer. Las ruinas de los observatorios astronómicos precolombinos muisca. En: *Villa de Leiva: Huella de los siglos*. Bogotá: Croydon, 1986; pp. 49-57.
27. SILVA C., Eliécer. Culto a la fecundidad. Los falos muisca de Villa de Leiva. Bogotá: *Maguaré* Dpto. de Antrop. Univ. Nal. de Col, 1987; 5: 167-182.
28. SILVA C., Eliécer. *Estudios sobre la cultura Chibcha*. Tunja: Academia Boyacense de Historia, Javier Ocampo ed, 2005.
29. SIMÓN, Pedro. *Noticias Historiales de las conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales*. Bogotá: Biblioteca Banco Popular, 1981.
30. VELANDIA, Cesar A. *San Agustín. Arte, estructura y arqueología*. Bogotá: Biblioteca Banco Popular, Colección textos universitarios, 1994.